



HISTORIA ANTROPOLOGIA Y FUENTES ORALES



Ajuntament  de Barcelona

Institut de Cultura

DESCONSTRUCCIÓN DE LA MEMORIA, CONSTRUCCIÓN DE LA HISTORIA¹

Eugenia Meyer

En los años sesenta de la centuria a punto de concluir, se produjo una ruptura definitiva con formas de pensar y de actuar. Esa época representó también un partaguas en la forma de conciencia colectiva y en la manera de considerar la educación y la cultura populares. Así, el ámbito siempre elitista y restringido de la academia se vio sacudido al irrumpir en él una población escolar masificada y poco dispuesta a admitir las limitantes, o aceptar que permanecieran vedados espacios reservados casi en exclusiva a ciertos sectores de clase.

Salir a la calle o *tomar las calles*, abandonar el cubículo enajenante de la investigación, hacer tabla rasa del pasado, buscar nuevas formas y nuevos propósitos se tradujo pronto, entre los científicos sociales, en maneras originales de compromiso individual y colectivo.

La historia dejaba de ser privilegio de los doctos, se despojaba de sus ropajes protectores y abandonaba, al fin, la obsesión *rankiana* de relatar los hechos como sucedieron, con toda la verdad y sólo la verdad, y también el ideal de Carlyle de entender la misión de la historia como la narrativa de las grandes historias, y los grandes personajes, para tratar de reencontrarse con *la otra historia*. Esto es, se planteó que, cuando la historia asume su responsabilidad integradora, generalizadora y diversificadora, se da paso a nuevos protagonistas; más aun, se hace polifónica al escuchar a los actores sociales ignorados. Es entonces, sin duda, cuando se genera y estimula la interdisciplinariedad, a la vez que se empieza a entender el concepto de ciencia social como un todo, con compartimientos-estancos, parcelas de especialidad, sí, pero firmemente integradas, cuyo objetivo último es comprender el pensamiento de hombres y mujeres que van construyendo eso que se ha dado en llamar *el devenir histórico*.

Parecía entonces que los silencios se tornaban en expresiones directas, que los sin historia conquistaban en definitiva sus espacios y que la historia lograba al fin

1. Ponencia presentada en el Segundo Seminario Internacional de Historia Oral, El Colegio de Jalisco, Zapopan, Jalisco, 14 de noviembre de 1996.

sacudirse los grandes acontecimientos, grandes acciones, grandes hombres y grandes desencuentros.

Vayamos ahora al caso mexicano: se piensa que por lo general siempre recibimos tardíamente las influencias de fuera, a partir de las cuales, como pecado original –según insistía siempre Edmundo O’Gorman–, procedemos a la burda imitación. Sin embargo, al filo de los sesenta, Wigberto Jiménez Moreno, conocedor de las experiencias de antropólogos en el rescate de historias de vida, y de la buena y mala influencia de Oscar Lewis y la escuela norteamericana de antropología, reconoció ante todo la tradicional oralidad de nuestro pueblo –otrora valorada y aprovechada por los conquistadores, quienes recurrieron a la narrativa de los indios para conocer, aunque no siempre para entender– con el propósito de crear el «Archivo Sonoro» que a partir de 1968 inició una fecunda recopilación de materiales, de preferencia vinculados a los sobrevivientes de la gesta revolucionaria de 1910.

128

Si, en efecto, la nuestra fue la primera gran revolución social del siglo XX, no cabe duda de que para construir su historiografía particular fue preciso enfrentar una serie de obstáculos y contratiempos, así como de intereses y propósitos políticos definidos. No se trataba sólo de justificar o ensalzar dicho movimiento, ni siquiera, incluso de elaborar una ideología asociada a él. Había entonces que edificar los cimientos de una forma particular de evaluar el proceso que culmina con la consolidación del Estado nacionalista, presidencialista, corporativista y autoritario.

Así, para la segunda mitad de este siglo, la Revolución ya había sido valorada, diferenciada,² exaltada, glorificada y enterrada. Era, como decían tantos, un hecho histórico³ que merecía el trato de *revolución preferida*,⁴ cuya titularidad pertenecía sin duda alguna a un partido, autonombrado su legítimo heredero, que, de ser nacional y revolucionario, así como luego revolucionario y mexicano, habría de caer en el absurdo de institucionalizarla.

¿Y dónde quedaba la *otra historia*, la de los vencidos, las muchas pequeñas historias que desdibujaban ese escenario casi bucólico, surgido de la gran sacudida nacional que nos permitió alcanzar la felicidad?

Páginas y páginas escritas por apologistas y detractores, por quienes vivieron la Revolución, quienes la padecieron, quienes la defendieron, quienes habrían de corregir a todos los anteriores, quienes desde fuera o con miradas extrañas nos la descri-

2. Por ejemplo, «La revolución de entonces y la de ahora», en Luis Cabrera. *Obras completas. Obra política*, vol. III, Eugenia MEYER, editora, México, Ed. Oasis, 1975, ps. 789-814.

3. Por ejemplo, Daniel COSÍO VILLEGAS, «La Revolución mexicana, entonces y ahora», *apud* Stanley ROSS, editor, *¿Ha muerto la Revolución mexicana? Causas, desarrollo y crisis*, vol. I, México, Sepsetentas, 1972, ps. 145-156, y Jesús SILVA HERZOG, «La Revolución mexicana es ya un hecho histórico», en *Cuadernos Americanos*, XLVII, FCE, septiembre-octubre, 1949, ps. 7-16.

4. Esta consideración se entiende como lugar común a partir de la revaloración manifestada al declararse, en 1961, el carácter socialista de la Revolución cubana.

bían, quienes con generosos financiamientos de instituciones extranjeras, preferentemente norteamericanas, venían a decirnos el cómo y el porqué del proceso revolucionario.

No podemos soslayar a los llamados voceros oficiales, *intelectuales orgánicos* o funcionales, funcionarios-instrumento que tenían, año con año, mes tras mes, la sagrada misión de recuperar, para la memoria patrioterica y anacrónica, esa cosa que el calendario de efemérides advierte todos los 20 de noviembre como aniversario de la Revolución mexicana. Esto es, coadyuvar al fortalecimiento de un discurso oficial, distante de la realidad nacional, y ajeno a ella, profundamente cuestionado por la sociedad civil.

Fue entonces, cuando, en coincidencia con los cambios generados por el 68 y, paradójicamente, en el corazón mismo del sistema, un grupo de historiadores decidió impulsar un proyecto pionero, a partir de la metodología de historia oral, entendida como herramienta, no como fin,⁵ y construir el Archivo de la Palabra. Cabe señalar que existe de origen una manifiesta relación entre la *rebeldía* surgida durante los tardíos sesenta, con la necesidad expresada entonces de valerse de formas diversas y hasta nuevas para aproximarse a la historia contemporánea de México.⁶

Se partía del imperativo de escuchar a los protagonistas anónimos de la lucha que desde 1910 redefinió nuestra historia social y política. Se trataba en consecuencia de atender otras voces, otros recursos, otras fuentes, de luchar por la calidad de los testimonios; se pretendió, en suma, pensar la historia próxima de manera diferente.

Íntimamente ligado con este planteamiento, estaba el interés concreto por privilegiar otros caminos, y ya no más el de la rigidez marcada por las conmemoraciones o los avatares políticos. Se estableció una complicidad entre el entrevistado protagonista de la historia y el entrevistador que registraba *su* verdad. Así arrancaron proyectos sobre las memorias múltiples de los diferentes grupos revolucionarios que aún podían ser recuperadas: villistas, zapatistas, arenistas y constitucionalistas, desde sus múltiples y variadas perspectivas regionales. En todos los casos se trataba de escuchar esas otras historias, de recuperar *sus* experiencias durante la Revolución, y *sus* versiones de ella, para, en definitiva elaborar un análisis más equilibrado de los pro-

5. Dice al respecto Josep FONTANA: «Una aberración que llega a su extremo cuando se pretende convertir en disciplinas independientes incluso lo que son simples técnicas de trabajo –herramientas que sólo tienen sentido cuando se ponen al servicio de una interpretación histórica global– como la historia oral o la arqueología industrial», en *La historia después del fin de la historia. Reflexiones después del fin de la historia*, Barcelona, Crítica, 1992 (Serie General núm. 225), p. 84.

6. Compárese Eugenia MEYER y Alicia OLVERA DE BONFIL, «La historia oral. Origen, metodología, desarrollo y perspectivas», en *Historia Mexicana*, vol. XXI, núm. 82, México, El Colegio de México, octubre-diciembre, 1971. Vigésimo Aniversario «Oral history in Mexico», en *Journal of Oral History*, Florida, University of Florida Press, 1972.

cesos, lejos de las interpretaciones totalizadoras de una revolución inexistente, simultánea y efectiva a lo largo y ancho del territorio nacional.

Metodológicamente se abrieron caminos diversos; de una visión funcionalista se decantó una perspectiva mucho más comprometida con la historia social, con la historia de los sin historia, con la de esos protagonistas anónimos relegados por las crónicas e historias oficialistas e institucionalizadas. Sin embargo, no se trató entonces, no se trata ahora, de una historia marginal. Paso a paso, el trabajo de rescate y salvaguarda se fue tornando en expresión de denuncia.⁷

Era pues un esfuerzo por romper lanzas en favor de la *otra* historia, apoyada en instrumentos de trabajo más adecuados a la idiosincrasia latinoamericana, inserta en una corriente acorde con las especificidades y el quehacer nacional, que de cierta forma ajustaba los hilos sueltos del apretado tejido iniciado por los informantes de Sahagún, el cual vindica la oralidad de nuestro pueblo a lo largo de la historia de México. Se recuperaba la información de campesinos y obreros, de mujeres y hombres comunes, y no de las oligarquías o de la élite. Se buscaba rescatar un sinfín de conexiones dentro de «estructuras económicas» y de las «infraestructuras ideológicas y jurídico-políticas», con las cuales quizá se podría elaborar una interpretación diferente del proceso histórico mexicano durante este siglo.

Empezaron a proliferar temas diversos, proyectos varios, fuesen institucionales o individuales, al tiempo que se celebraron seminarios de metodología y práctica de historia oral. De igual forma, nuestros esfuerzos comenzaron a ser conocidos y reconocidos en el extranjero. Hubo una continua participación en reuniones académicas y en revistas especializadas.⁸ Luego los mexicanos contribuimos al arranque de experiencias similares en países de nuestra América como Brasil,⁹ Argentina,¹⁰ Puerto Rico,¹¹ Venezuela y Perú.¹² Más tarde, en épocas difíciles resguardamos los testimonios de

7. Compárese Eugenia MEYER, «Comunicación y liberación: tareas de la historia», en *Santiago*. Revista de la Universidad de Oriente, núm. 52, Santiago de Cuba, diciembre de 1983.

8. Para el caso mexicano se pueden consultar revistas como *Secuencia*, *Cuicuilco*, *Historias*, etc.

9. Véase Aspasia CAMARGO, «Elaboración de la historia oral en Brasil. El proceso de transición visto a través de las historias de vida de los dirigentes políticos», en *Secuencia. Revista Americana de Ciencias Sociales*, núm. 4, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, enero-abril, 1986.

10. Véase Eugenia MEYER, «América Latina, ¿una realidad virtual?», en *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, núm. 16, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1996.

11. Véase Antonio T. DIAZ ROYO, «La historia oral en Puerto Rico: reflexiones metodológicas», en *Secuencia. Revista Americana de Ciencias Sociales*, núm. 4, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, enero-abril, 1986.

12. Véase Eugenia MEYER, «Recuperando, recordando, denunciando, custodiando la memoria del pasado puesta al día. Historia oral en Latinoamérica y El Caribe», en *Historia y Fuente Oral*, núm. 5, ps. 139-144, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1991.

muchos latinoamericanos que combatían por la democracia en sus diferentes países o bien se valían de los testimonios producidos con el apoyo de la historia oral a manera de denuncia política¹³ y social.¹⁴

Al paso de las décadas, hoy día, paradójicamente como suerte de ilusionismo, queremos recobrar experiencias, revalorar juicios y reflexiones sobre una conciencia crítica, individual y colectiva. Por ello estamos empeñados en un nuevo esfuerzo, el de rescatar los testimonios de quienes vivieron los diversos exilios latinoamericanos en México, país que fue, a fin de cuentas, el refugio en la democracia para muchos bolivianos, brasileños, argentinos, uruguayos, chilenos, nicaragüenses y guatemaltecos.

Como bien ha dicho Rapahel Samuel, la preocupación por la *historia popular* era la «de acercar los límites de la historia a la vida de las personas»,¹⁵ a fin de que la atención puesta en las herramientas y en la tecnología con la que trabajaba el historiador dejase de privilegiar lo político y lo épico.

En efecto, de lo que se trató fue de ensanchar la base de la historia, aumentar su espacio de estudio, utilizar las nuevas materias primas y ofrecer nuevos mapas de conocimiento. Esta concepción se significa entonces como una alternativa a la historia tradicional que la clase en el poder se empeñaba en transmitir a través de las escuelas y de muchos otros medios no formales. Si bien no se pretendía, ni entonces ni ahora, eliminar la narrativa de los grandes acontecimientos e, incluso, de los grandes protagonistas, sí se buscaba moderar el aspecto erudito de esa historia de bronce, para sustituirla por una más accesible, y quizá también más humana, que recuperara lo cotidiano y los procesos de larga duración, que permitiese reflexiones sólidas sobre las funciones exploratoria, analítica y expresiva de la memoria.

Rescatar, salvaguardar y preservar el testimonio directo y personal, a partir de las historias de vida, como reconstrucción biográfica; recuperar heurísticamente el bagaje heredado de la tradición oral, de los llamados *pueblos sin historia*, e integrarlo a los testimonios de los hombres comunes, de los protagonistas anónimos; intentar, en fin, a partir de palabras y silencios, emociones y suspiros, nostalgias y melancolías, asomarnos –quizá como intrusos– a la otredad.

Así advertimos la interacción entre la voz del entrevistado y la del historiador. Se empieza entonces la desconstrucción de la memoria, sea ésta individual o colectiva,

13. Como ejemplo, Eugenia MEYER, «Represión y vida cotidiana en Uruguay», en *Historia y Fuente Oral*, núm. 1, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1989.

14. Véase Katherine ANGUEIRA, «El testimonio como instrumento concientizador», en *Historia y Fuente Oral*, núm. 2, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1989. Asimismo conviene consultar Alessandro PORTELLI, «La verdad del corazón humano», en *Secuencia. Revista Americana de Ciencias Sociales*, núm. 12, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, septiembre-diciembre, 1988.

15. Raphael SAMUEL, *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Grijalbo, 1984 (Crítica núm. 134), p. 15.

para construir la historia,¹⁶ en una aventura que obliga a hermanarse a la lingüística, la semiótica, la sociología, la psicología y la antropología, con objeto de construir una historia integral que reconozca como elementos fundamentales al tiempo y al espacio.

Al desatar esa memoria, al descubrir los recuerdos, se avanza por dos vías esenciales: la de la identificación con los símbolos colectivos e individuales, la de la puntualización de las dinámicas, las causas, los desórdenes, las manipulaciones y las reconfirmaciones de los recuerdos en una narrativa que asume su complicidad con lo que se cree, o que se imagina, lo que se recrea, lo que se cuenta y lo que se pretende preservar.

Ciertamente hay diferencias y distancias entre los hechos y la memoria, pero ¿cómo definir fríamente un hecho sin involucrarlo con lo individual o lo colectivo? ¿Cómo hacer que el tiempo se detenga y retrate una verdad única y absoluta? De hecho este desatar la memoria, dejarla salir a la superficie, se convierte en sí y para sí en la acción de construir la historia.

Parece entonces importante insistir en el lenguaje como particularidad inmanente al ser humano: narramos, comunicamos, perseveramos, intentamos, diversificamos, modificamos, enriquecemos el saber, *descargamos* y construimos la historia.

En ocasiones el rescate de fuentes orales asumió una función subordinada y auxiliar de la evidencia documental y, al igual que ella, debió sujetarse al juicio de la confiabilidad, de las representaciones y de las formas. Actualmente, y cada vez con mayor frecuencia, los «historiadores trabajan sobre significaciones –discursos ya acabados– ya ideologizadas, y sus actos colectivos son determinados por el mantenimiento del privilegio del historiador: que la forma de narración (*story*) es compatible con cualquier modo de comprensión, pero es trascendental al pensamiento crítico».¹⁷

Si el propósito de sumergirnos en el pasado no se agota y en cambio se encamina al presente, si reconocemos que no son tiempos separados sino parte de una dialéctica presente-pasado, pasado-presente, las líneas cronológicas se desvanecen y lo que hoy es presente mañana será pasado y lo que ayer fue presente hoy es pasado. En consecuencia todo es historia.

16. Me refiero aquí a la proposición de Jacques Derrida, entendida como la forma de elevar al consciente el misterio del inconsciente que permite una verbalización de la escritura interna, evocando así un modo de filosofar, un estilo de pensamiento político, una forma de crítica y de análisis. Más aún, que la «verdad» es, a fin de cuentas, un intercambio de mensajes, cambiante, mostrenco, sin origen o destinatario. Compárese Jacques DERRIDA, *La carte postale de Socrate à Freud et au-delà*, París, Aubier-Flammarion, 1980, o bien Christopher NORRIS, *Deconstruction. Theory and practice*, Londres, Nueva York, Routledge, 1991, y Derek ATTRIDGE, editor, *Acts of Literature*, Londres, Nueva York, Routledge, 1992.

17. Compárese Sande COHEN, *Historical Culture. On the Recording of an Academical Discipline*, Berkeley, University of California Press, 1988.

Las soluciones para desmitificar ese pasado histórico lleno de falsas excelstitudes no concluyen en el análisis exhaustivo de los procesos económicos y sociales; a la versión oficial del pasado, «conforme con los intereses del poder y, por lo tanto, mutilada, censurada, deformada, las masas oponen una imagen más sólida, una imagen conforme con sus aspiraciones y que refleja la riqueza real de su pasado».¹⁸

De hecho, de lo que se trató fue de abrir un flanco de rebeldía frente al historicismo positivista y buscar una relación real y efectiva con otras disciplinas sociales, para privilegiar en consecuencia lo cualitativo. Cabría también advertir, aunque sea de paso, la experiencia singular del historiador al enfrentarse a las fuentes vivas, que lo obligan a sentir, reaccionar, asumir posiciones e incluso reconocer pasiones, y le permiten *questionar* a la historia. Se trata, entonces, de una experiencia *sui generis* y, valga la redundancia, profundamente humana.

Reconozcamos que no hay historiador ni historia inocentes, como tampoco lectores puros e inocuos y por ende no permanecemos ajenos a la realidad que nos rodea. En consecuencia, la desconfianza respecto a planteamientos teóricos encara de inmediato una posición crítica y personal en la *praxis*. De ahí el desarrollo de una historia en libertad, cuya función interpretativa debe estar permanentemente sujeta a la experimentación y la creación.

Persiste el peligro de la ingenuidad del investigador o del romanticismo apasionado por defender causas, y también la certeza de que la objetividad es inalcanzable y la parcialidad permanente. Si no fuera así, la historia no tendría sentido.

Experimentamos día con día al enfrentarnos a todo tipo de fuentes. Algunas las localizamos, otras las descubrimos e, incluso, en muchas ocasiones nos hemos visto obligados a crearlas. No se olvide que en todas estas fuentes subyace la carga ideológica, la intención política, y es aquí precisamente donde está la tarea irrenunciable de *desconstruir* las memorias individual y la colectiva a fin de *construir* la historia. Los usos y abusos de la memoria, las formulaciones históricas a la manera de ideologías o falsas conciencias no pueden ser soslayadas. Sin embargo, si la preocupación del historiador se centra en no servir de conducto a intereses políticos predefinidos, sino por el contrario en recuperar del olvido las diversas voces, las diferentes expresiones, podremos reconocer las múltiples encrucijadas y opciones que esa *desconstrucción* de la memoria nos ofrece.

No cabe duda de que debemos repensar «la historia para analizar mejor el presente y replantearnos un nuevo futuro»,¹⁹ en virtud de que las viejas precisiones en que habíamos depositado nuestras esperanzas se han venido abajo. El largo camino de la segunda mitad de nuestro siglo, luego del influjo de las nuevas historias, o al menos nuevas formas de concebir la historia, de las especialidades, de historias económicas, políticas, sociales, macro y microhistorias, así como de los ismos –histori-

18. Jean CHESNEAUX, *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, México, Siglo XXI, 1983, p. 40.

19. Josep FONTANA, *La historia...*, *op. cit.*, p. 143.

cismo, científicismo, positivismo, marxismo, estructuralismo e, incluso, revisionismo—, nos han mostrado la necesidad de recuperar la marcha del viejo camino, o sea, proponer una historia libre de dogmatismos, que rompa amarres con cualquier tipo de catecismo, en fin, como claramente ha señalado Mercedes Vilanova, una «historia sin adjetivos».²⁰

El empleo de los testimonios como representación de la memoria, la confrontación entre el relato y el recuerdo personales y los colectivos, sean éstos entendidos como elaboración natural o bien como construcción política, en determinados momentos o circunstancias, da cuenta de una serie de condiciones, opciones e intenciones, y también de necesidades ordenadas y edificadas a partir de intereses específicos. Lo que se busca entonces es encontrar el origen y el hilo conductor de esas representaciones con el fin de comprender o descubrir las razones ocultas y mezquinas de los procesos.

134

Aquí también debemos meditar sobre el carácter *artificial* al fabricar las versiones que rescatamos, sean individuales o colectivas, y la intención de quien las transmite. ¿Qué nos quiere contar y hasta dónde está dispuesto a *descubrirse*, así como también qué oímos y qué queremos escuchar y cómo nos sentimos gratificados con esos cuentos que habrán de conformar el relato histórico?

No podemos pensar en volver a una historia narrativa, presentada como forma de exposición neutra, desprovista de cargas ideológicas. De lo que se trata es de recuperar los varios discursos, expresados como alcances de la memoria individual, como la identificación y redimensionalidad de los sujetos históricos, con el fin de que la desconstrucción de la memoria colectiva permita recuperar la pluralidad y heterogeneidad que les son inherentes a la historia.

Tampoco podemos suponer que la tarea del historiador se reduce a una explicación lineal y ordenada, sino que debe buscar la hibridez que da la síntesis coherente de la política, la sociedad y la cultura, reconociendo a los sujetos y protagonistas como seres de carne y hueso. En ese sentido hemos recorrido un largo camino desde la original edad de la inocencia a la condición actual en que se encuentra el quehacer histórico.

De lo que se trata entonces es de superar ese empeño, ciertamente inútil, de buscar argumentos para defender el rescate de testimonios, de parapetarnos en el patrocinio a ultranza de la recuperación de testimonios orales, como meta última de nuestro compromiso de historiadores, y evitar la miopía consistente en ver tan sólo los árboles sin arriesgarnos a penetrar en el bosque de posibilidades y de intenciones en el alterable y renovable rumbo de la historia. Que la ambición no nos ciegue pensando que podemos lograr el conocimiento absoluto y total. De hecho, de lo que se trata es de escuchar las subjetividades alternativas, revalorar las condiciones, los

20. Mercedes VILANOVA, «Historia sin adjetivos», en *Historia y Fuente Oral*, núm. 14, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1995, p. 95.

hechos y las circunstancias, a fin de procesar las memorias individuales y colectivas, sus usos políticos, y lanzarnos a la hazaña de seguir creando, permanentemente, una historia en movimiento, en tanto que es y sigue siendo una disciplina humanística.

Contrariamente al pensamiento homegeneizador y avasallador del *fin de la historia*, cuyo objetivo era imponer líneas de pensamiento y de acción, se trata de pensar la historia del siglo XX como una unidad. De hecho, nuestra centuria ya terminó, los medios de comunicación, los avances tecnológicos y las aportaciones cibernéticas se equiparan con el ingenio destructivo que avanza con el presunto propósito civilizatorio y el manido argumento de pretender la modernidad o, peor aún, la posmodernidad. La nuestra, a qué dudarlo, es otro tipo de historia, múltiple, diversa, polifónica y compleja.

En consecuencia, se torna en función y compromiso esencial e irrenunciable del historiador contribuir a recomponer una conciencia crítica, reanimar la capacidad de acción colectiva. Recuperar del olvido, voluntario o involuntario, la memoria, lograr el desdoblamiento de las varias realidades, es finalmente coadyuvar en la tarea razonada e insustituible de cambiar el presente, de construir la historia.